



September 1, 2013

Twenty-second Sunday of Ordinary Time

"...when you hold a banquet invite: the poor, the crippled, the lame, the blind; blessed indeed will you be because of their inability to repay you. For you will be repaid in the resurrection of the righteous."—Luke 14:13-14

Dear Friends;

In the 19th Century, William E. Gladstone was four times prime minister of Victorian Great Britain. Gladstone came from a wealthy and privileged family. His mother was a devout Christian. From her learned to be concerned for others especially the poor and working class. At that time only those with land could vote. He worked to extend the vote to more people. He also spent time and his money trying to get prostitutes off the streets. Even as prime minister he would walk the streets of London and try to help them to change their lifestyle. Queen Victoria did not like him because she felt he spoke to her like he did with everyone else. He did not pay attention to her class.

One time Mr. Gladstone held a dinner for his tenants and workers. It was a proper and elegant affair in typical Victorian fashion. The table was properly set with fine china, silver service, even linen napkins and finger bowls. One man who never in his life had attended such a dinner started drinking from the finger bowl. Some of the guests, who knew that the bowls were for washing fingers, started whispering and laughing at the man. Immediately, Mr. Gladstone lifted his finger bowl and drank from it.

Like Victorian England, the culture of Jesus' day was socially and religiously class conscious. One only ate with one's own class. Dinners were ways of maintaining one's social status. You only invited people you considered to be your equal. And they were invited with the expectation that they would pay you back.

In our story from Luke today a leading Pharisee invites Jesus to a dinner. Jesus is going to a house of a celebrity. In the ancient Mediterranean world dining was governed by strict social conventions. One important convention was seating arrangements. Dining rooms were set with tables in a "U" shape. The host would sit at the bottom of the "U." Honored guests sat on either side of the host. Guests would be seated at tables on the right and left sides in descending order. The lowest in rank sat farthest from the host.

Today's gospel passage involves a dinner. For Jesus dinners should be signs of the Kingdom. This dinner is not. The Pharisee's invitation appears to recognize Jesus as an equal. But the invitation is not genuine. He has invited Jesus so that they can observe him—will he violate cultural and religious norms. But Jesus observes them as well. He sees petty fighting over who gets to sit next to the host. Then the host may have had to put someone in their place moving them down lower. It is embarrassing. So Jesus' advice is practical wisdom. If you want to avoid shame and embarrassment go lower.

The whole idea of these dining social norms was to maintain one's honor and avoid shame. But now Jesus takes them and us in a new direction. Jesus proceeds to suggest to his host on how to give a dinner. This was considered rude. But for Jesus, it is a moment to reveal the meaning of God's reign.

The only one who bestows honor or righteousness is God. Our dignity comes not from our social class, religion, nationality or political affiliation. We have dignity because we are loved by God. God loves us not because we could ever pay him back (we never can). God loves us because that is what God does. To love those who cannot pay us back is to enter into the reality of the coming kingdom where there is radical equality. In the kingdom there are no distinctions of class, politics or religion. All are the beloved children of God.

As Christians we are called to help escort in these values of the Kingdom. We must break down the distinctions that we have built. We must commit acts of rebellion against the current order of the world. This is the invitation of Jesus. It could be as simple as drinking from a finger bowl to keep someone from being humiliated. Can you imagine what our world would be like if we all lived as Jesus suggests? What if we applied this to housing, health care, economics and our political conversations? It would be like a resurrection!

Peace,

Fr. Ron

Esta carta está en español el sitio web: www.stannechurchbyron.com



Septiembre 1, 2013

Vigésimo-segundo Domingo Tiempo Ordinario

“...cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los cojos y los ciegos; y así serás dichoso, porque ellos no tienen con qué pagarte; pero ya se te pagara, cuando resuciten los justos.”—Lucas 14:13-14

Queridos Amigos;

En el siglo XIX, William Ewart Gladstone fue cuatro veces primer ministro de Gran Bretaña en la época victoriana. Gladstone provenía de una familia rica y privilegiada. Su madre fue una cristiana devota. De ella aprendió a estar preocupado por los demás, especialmente los pobres y la clase obrera. En aquel entonces sólo aquellos que eran dueños de tierra podían votar. Él trabajó para extender el voto a más gente. También pasó tiempo y su dinero tratando de sacar a las prostitutas de las calles. Incluso como primer ministro recorrió las calles de Londres tratando de ayudarlas a cambiar sus estilos de vida. A la Reina Victoria no le gustaba lo que hacía el Sr. Gladstone porque ella sentía que él hablaba con ella como lo hacía con todas las demás personas y no le daba un trato especial por ser la reina. Él no prestó atención a su clase.

Una vez que el Señor Gladstone organizó una cena para sus inquilinos y trabajadores. Fue una cena apropiada y elegante al típico estilo victoriano. La mesa fue puesta correctamente con el servicio de plata, porcelana fina, servilletas de lino e incluso aguamaniles (un lavatorio o tazón para lavarse los dedos). Un hombre que nunca en su vida había asistido a una cena tan elegante comenzó a beber del lavatorio. Algunos de los invitados, que sabían que los aguamaniles eran para lavarse los dedos, comenzaron a susurrar y reírse de aquel hombre. De inmediato, el señor Gladstone levantó su lavatorio y comenzó a beber de ella.

Como en la Inglaterra victoriana, la cultura de Jesús era socialmente y religiosamente consciente de las clases sociales. Una persona sólo podía comer con los de su clase. Cenas eran maneras de mantener su estatus social. Solo se invitaba a gente que se consideraba de la misma clase. Se les invitaba con la expectativa de que se devolvería la invitación.

Hoy en nuestra historia de Lucas, un líder fariseo invita a Jesús a una cena. Jesús va a una casa de una celebridad. En el mundo mediterráneo antiguo el comer se rige por estrictas convenciones sociales. Algo muy importante era la distribución de los asientos. Se establecieron comedores con mesas en forma de "U". El anfitrión se sentaba en la parte inferior de la "U". Los invitados de honor se sentaban a cada lado del anfitrión. Los otros huéspedes serían sentados en las mesas en los lados derecho e izquierdo, en orden descendente. El rango más bajo se sentaba más alejado del anfitrión.

El pasaje del Evangelio de hoy consiste en una cena. Para Jesús cenas deben ser signos del Reino. Pero esta cena no es una de esas. La invitación del fariseo parece reconocer a Jesús como a un igual. Pero la invitación no es genuina. Él ha invitado a Jesús para poder observarlo — violará las normas culturales y religiosas. Pero Jesús les observa también a ellos. Él ve insignificante el pelearse por quién llega a sentarse al lado del anfitrión. A continuación, el anfitrión puede que tenga que poner a alguien en su lugar moviéndole a un lugar más bajo. Es vergonzoso. El consejo de Jesús es de sabiduría práctica. Si quieres evitar pena y vergüenza vete más abajo.

La idea de estas normas sociales para las cenas era mantener el honor y evitar la vergüenza. Pero ahora Jesús los toma a ellos y a nosotros en una nueva dirección. Jesús procede a sugerir a su anfitrión sobre cómo dar una cena. Esto era considerado grosero. Pero para Jesús, es un momento para revelar el significado del Reino de Dios.

El único que confiere honor o justicia es Dios. Nuestra dignidad viene no de nuestra clase social, religión, nacionalidad o afiliación política. Tenemos dignidad porque somos amados por Dios. Dios nos ama no porque podríamos retribuirle ese amor (lo cual no podemos nunca). Dios nos ama porque eso es lo que Dios hace. A amar a los que no pueden nos lo pueden retribuir es entrar en la realidad del reino venidero donde hay igualdad radical. En el reino no hay distinciones de clase, política o religión. Todos son los hijos amados de Dios.

Como cristianos estamos llamados a ayudar a llevar estos valores del Reino. Debemos romper con las distinciones que hemos construido. Nosotros debemos cometer actos de rebelión contra el orden actual del mundo. Esta es la invitación de Jesús. Podría ser tan simple como beber de un lavatorio de dedos para impedir que alguien sea humillado. ¿Puedes imaginar lo que nuestro mundo sería si todos vivimos como Jesús sugiere?

¿Y si aplicamos esto a vivienda, salud, economía y nuestras conversaciones políticas? ¿Sería como una resurrección!

Paz,

Padre Ron